

Luis Herrera Campíns: la odisea de un político democrático

“A ponerse las alpargatas, qué lo que viene es Joropo.”

En un continente donde la política ha sido tantas veces secuestrada por caudillos y donde el poder suele entenderse como patrimonio personal, la figura de Luis Herrera Campíns ofrece un contrarrelato: el de un político que asumió el poder como servicio y lo devolvió sin aferrarse a él. Su trayectoria, desde las calles polvorientas de Acarigua hasta la presidencia de la República, revela un viaje marcado no por la ambición de reinar, sino por la convicción de servir. Este ensayo propone leer su vida política como un “viaje del héroe”, donde cada etapa —la juventud, el exilio, el parlamento y la presidencia— construye un legado ético que sigue interpelando a la democracia venezolana.

Hoy, cuando tantos líderes se aferran al poder como si fuera un derecho divino, cuando se reza en el Senado y se agradece a Dios por los presidentes, cuando el poder ha regresado a lo místico y ha dejado de ser una carga temporal, recordar a Luis Herrera Campíns es volver a una idea distinta del ejercicio político. No fue un hombre perfecto ni quiso parecerlo. Tampoco es objetivo de estas páginas enaltecerlo. Entendió que gobernar es servir, no reinar.

Su vida, más que una carrera, fue un viaje, con vocación, obstáculos, derrotas, aprendizajes y retorno. No se busca mitificarlo, sino narrar su trayecto. Un trayecto que, como el de todo héroe clásico, no termina con un trono ni una corona, sino con algo más valioso que el oro y las riquezas: termina con un legado.

Pero, hay que comenzar por el principio: El llamado del llano. Luis Herrera Campíns nació en Acarigua, estado Portuguesa, en 1925. Su origen no es un simple dato biográfico: el llano fue su primera escuela política. En un discurso recordó aquella infancia de calles de tierra y de trabajo colectivo, cuando la comunidad debía regar y desyerbar juntas las calles para evitar el polvo al caer la tarde (Aveledo, 2024, p. 7). Esa memoria temprana muestra la conexión entre lo cotidiano y lo político: la vida compartida como fundamento del deber público.

Esa experiencia conecta con una distinción clásica formulada por Benjamin Constant en su célebre conferencia *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*. Para los antiguos, la libertad consistía en participar directamente en la vida política de la comunidad, en tomar decisiones colectivas, aunque ello implicara una subordinación de la esfera privada.

Para los modernos, en cambio, la libertad se expresa sobre todo en la protección de los derechos individuales y en la posibilidad de vivir sin injerencias del poder público (Constant, 2000). En este contraste puede leerse la tensión que marcó también la trayectoria de Herrera: formado en un entorno de trabajo colectivo, asumió más tarde la política en clave moderna, como la defensa de la libertad individual, pero siempre anclada en la responsabilidad cívica.

Ahora bien, ¿se trató de vocación o de circunstancia? En los años 40, la juventud universitaria venezolana vivía en un clima de efervescencia y ruptura. La caída de Gómez había abierto un espacio de expectativas democráticas y la dictadura de Pérez Jiménez marcaría el contraste inmediato. Muchos jóvenes entraron en política; pocos lo hicieron con una convicción sostenida. Herrera fue uno de esos pocos. La identidad llanera y la formación cristiana le dieron un sentido de servicio que lo diferenciaba del simple oportunismo generacional (Aveledo, 2012).

No obstante, un crítico podría señalar que no había nada “épico” en ese inicio. Que su militancia juvenil no fue más que la consecuencia lógica de un contexto que empujaba a miles hacia la acción. Sin embargo, la diferencia aparece en la constancia. Ramón J. Velásquez lo definió como “un hombre culto” que parecía “haberse leído todo” (citado en Aveledo, 2012, p. 18). No bastaba con la protesta; Herrera estudiaba, debatía y se preparaba. Ese rigor, poco común en la política venezolana, fue lo que transformó una participación juvenil en un proyecto de largo aliento.

Por eso, este primer tramo de su vida puede leerse como el inicio del viaje. No comenzó en un campo de batalla ni en una conspiración, sino en la convicción de que la política debía ser servicio. Años después lo resumiría sin adornos: “La política es ante todo servicio. No es sierva de ambiciones individuales” (Herrera Campíns, citado en Aveledo, 2012, p. 19). El

llamado no fue mítico, fue real: un joven llanero que entendió temprano que gobernar significaba servir a los demás.

Pero el llamado no se reduce a una evocación romántica. Herrera supo leer en su infancia y juventud una metáfora política que lo acompañaría siempre: la necesidad de regar y mantener las calles para evitar que el polvo se levantara. Lo que en Acarigua era un deber vecinal, en Caracas se convirtió en un principio de Estado. De ahí que en sus discursos presidenciales insistiera en que “el pueblo debe ser autor y actor de su destino” (Herrera Campíns, citado en Aveledo, 2012, p. 143). La misma disciplina comunitaria del llano se transformó en una visión política de participación y responsabilidad compartida.

Esa tensión entre lo individual y lo colectivo adquiere un nuevo matiz si se la observa a la luz de Hannah Arendt. En *¿Qué es política?*, la autora sostiene que lo político surge siempre en el “entre” de los hombres, en el espacio de aparición común donde cada uno, al mostrarse distinto, hace posible la acción compartida. Lo político, advierte Arendt, desaparece en el momento en que se reduce a una experiencia individual, pues pierde su carácter de vínculo y pluralidad (Arendt, 1997, p. 45). En este sentido, el llamado del llano que marcó a Herrera no fue solo un recuerdo de infancia, sino una experiencia originaria de lo político: entender que solo en lo colectivo puede germinar la libertad.

Desde este ángulo, su vocación aparece como una tensión entre lo inevitable y lo elegido. Fue hijo de su tiempo, inmerso en una generación sacudida por dictaduras y anhelos democráticos; pero fue también un joven que decidió responder de manera distinta. Su coherencia lo distinguió de quienes vieron en la política una carrera de ambiciones. “Estoy consciente de las fallas y deficiencias que hemos tenido (...) asumo ante la historia la plena responsabilidad” (Herrera Campíns, citado en Aveledo, 2012, p. 219). Esa ética, que marcaría su presidencia, ya estaba prefigurada en su juventud.

Su destino, sin embargo, no estaba trazado únicamente en las sabanas venezolanas. El viaje pronto lo llevó lejos de casa, primero como preso político y luego como exiliado. En ese destierro encontró lo que quizá nunca hubiera hallado en su tierra: una formación intelectual de alcance europeo. Santiago de Compostela le permitió culminar los estudios de Derecho que la represión había interrumpido; Múnich, bajo la guía del filósofo Romano Guardini, le ofreció una cosmovisión cristiana que integraba fe, política y cultura (Aveledo, 2012, p. 87). El exilio, más que un paréntesis, fue una forja.

En Europa, Herrera descubrió que la política no podía reducirse a la lucha inmediata contra una dictadura. La tradición universitaria lo enfrentó con el peso de siglos de pensamiento y con un cristianismo que era, al mismo tiempo, teología, filosofía y compromiso cívico. En Múnich asistió a los cursos de Romano Guardini, el pensador que insistía en que la fe debía dialogar con la modernidad y con la responsabilidad del hombre ante la historia (Aveledo, 2012, p. 28). Para Herrera, aquello no fue solo formación académica: fue la confirmación de que la política sin valores se convierte en mero poder, y que la democracia sin justicia es una ficción.

El exilio también lo obligó a ser paciente. Mientras otros políticos apostaban al retorno inmediato o a la conspiración, él asumía que “al tiempo solo le temen los inconstantes, los apresurados y los cobardes ante la vida” (Herrera Campíns, citado en Fundación Konrad Adenauer, 2005, p. 61). Esa concepción no lo alejaba de la acción, sino que lo preparaba para un proceso de largo aliento. Comprendió que la democracia no se imponía en carreras de velocidad, sino en pruebas de resistencia. La política, para él, era insistencia, preparación y voluntad de esperar sin claudicar. Entendió que el raciocinio sin voluntad no servía de mucho.

Lejos de ser un período de gloria, el destierro fue una etapa de contradicciones: distancia de su país, precariedad económica, soledad. Pero en esa fragua se delinearon los rasgos que más tarde marcarían a su generación política: la convicción de que el exilio no debía traducirse en odio, sino en aprendizaje. Él mismo lo resumió años más tarde: “Si algo agradezco a Dios todos los días [...] es que haya podido vencer la batalla contra el rencor” (Herrera Campíns, citado en Fundación Konrad Adenauer, 2005, p. 74). Con esa ética regresaría a Venezuela, no como un héroe mitificado, sino como un político dispuesto a negociar, persuadir y construir.

El regreso de Luis Herrera en 1958 lo encontró convertido en un político distinto al que había partido años atrás. Ya no era solo el joven dirigente ni el periodista combativo: era un jurista formado, un intelectual marcado por la tradición socialcristiana europea y un hombre que había aprendido a transformar la adversidad en método. Su exilio no le dejó un mito romántico, sino una disciplina práctica y un sentido ético que serían decisivos en el momento de incorporarse al proceso parlamentario de la naciente democracia venezolana.

Con ese bagaje, Herrera entró al Congreso en 1958 y desde allí comenzó el tramo más decisivo de su viaje: el Parlamento como escenario de aprendizaje y liderazgo. Si el llano

había sido su llamado, y el exilio su fragua, la arena legislativa sería la prueba que consolidaría su carácter. Fue allí donde desarrolló su oratoria, su capacidad de diálogo y su visión de Estado. Y fue también allí donde comprendió que el poder no se conquistaba en solitario ni se ejercía como dominio, sino que se negociaba, se compartía y se sometía al escrutinio constante de adversarios y aliados. En la política venezolana de la posdictadura, el Parlamento fue su Ítaca provisional y su verdadero campo de batalla.

En el Parlamento, Luis Herrera encontró su mar abierto. La Cámara no era un recinto solemne sino un campo de fuerzas, donde las palabras eran espadas y los silencios, escudos. Se fue forjando como uno de los oradores más sólidos de la democracia venezolana, capaz de alternar entre la ironía filosa y la gravedad reflexiva. Sus intervenciones, cargadas de citas históricas y referencias culturales, lo convirtieron en un parlamentario distinto: no solo polemizaba, sino que enseñaba. Como recordaría un colega, “era más mano extendida que puño cerrado” (López Castillo, 2009, p. 212). Allí se consolidó su reputación de político culto, un rasgo que le acompañaría hasta la presidencia.

El Parlamento también fue la prueba del héroe frente a los adversarios. En ese hemiciclo, Herrera se midió contra las poderosas bancadas de Acción Democrática, que dominaban el escenario político con la fuerza de la mayoría. Cada debate era un desafío y cada derrota, una lección. Pero lejos de retraerse, Herrera cultivó la paciencia del llanero: sabía que la política no era un sprint sino una carrera de resistencia. “Al tiempo solo le temen los inconstantes”, solía repetir (Herrera Campíns, 1970, p. 45). Esa convicción lo sostuvo durante los años en que su partido parecía condenado a la oposición permanente.

No estuvo solo en esa travesía. En el Parlamento halló también aliados y compañeros de ruta, muchos de los cuales habían compartido con él los días de exilio y fundación partidista. Junto a Rafael Caldera, Lorenzo Fernández y otros socialcristianos, Herrera contribuyó a dar forma a la identidad de COPEI como fuerza moderna, opuesta tanto al caudillismo militar como al populismo fácil. Desde allí impulsó debates sobre la descentralización, la cultura, la educación y la justicia social, convencido de que el Estado debía ser instrumento del bien común y no botín de facciones. Fue en esa arena donde el joven exiliado se transformó en estadista en ciernes.

Con los años, su liderazgo parlamentario se volvió indiscutible. No era aún presidente, pero ya ejercía la autoridad de quien sabía escuchar y construir consensos. El Parlamento fue

para Herrera lo que el viaje fue para Ulises: un espacio de pruebas constantes, de enfrentamientos con gigantes y de pactos necesarios con rivales. Allí aprendió que gobernar era negociar sin renunciar a los principios, y que la democracia solo podía sostenerse si se asumía como una tarea colectiva. Ese aprendizaje sería decisivo cuando, tras décadas de preparación, le llegara la hora de disputar la presidencia. Como Ulises en su travesía, Herrera acumuló heridas, derrotas y victorias parciales, pero ninguna lo detuvo: el viaje apenas alcanzaba su punto más alto. En esa arena, el político provinciano se había convertido en un estadista de talla nacional, preparado para reclamar la Ítaca de la presidencia.

En esos años, sus intervenciones no se limitaron al arte del discurso: también marcaron agenda. Herrera fue uno de los principales defensores de la descentralización administrativa y del fortalecimiento del poder municipal, convencido de que la democracia debía vivirse no solo en Caracas sino en cada pueblo y ciudad del país (Herrera Campíns, 1963). Promovió reformas educativas y culturales, insistiendo en que la escuela era el espacio donde debía forjarse la ciudadanía republicana. Su oratoria sobre el legado de figuras como José Antonio Páez o Francisco de Miranda no eran meros homenajes, sino intentos por anclar el presente democrático en una tradición histórica de libertad y responsabilidad cívica (Herrera Campíns, 1973).

También destacó en el terreno internacional. Alertó sobre la necesidad de que Venezuela se proyectara en América Latina como defensora de la democracia frente a las dictaduras militares. En sus discursos, vinculaba la política exterior con la ética interna: un país que no fortaleciera sus instituciones no podía pretender ser ejemplo en la región (López Castillo, 2009, p. 214). Estas posiciones lo distinguieron de la retórica más pragmática de otros parlamentarios y reforzaron su imagen como un político con visión de Estado.

Pero, la verdadera conquista comenzó en 1978, contra todo pronóstico. Las encuestas y los analistas daban por segura la victoria de Acción Democrática; la maquinaria oficialista parecía imbatible. Pero el “peregrino del diálogo”, como lo llamaban, recorrió el país con una perseverancia que desarmó las certezas de sus rivales. En menos de un año dio cinco veces la vuelta a Venezuela, sembrando simpatías en pueblos y ciudades, en campos y fábricas. Su lema “Luis Herrera arregla esto” resonaba más como promesa de servicio que como consigna de poder. Fue entonces cuando el héroe se alzó contra el destino: el 3 de diciembre de 1978 derrotó a Luis Piñerúa Ordaz y alcanzó la presidencia con la votación más alta de la historia política del país hasta entonces (Rodríguez Iturbe, 2010, p. 317).

Ese triunfo, sin embargo, no fue la coronación definitiva, sino el inicio de la prueba más dura. A diferencia de los caudillos que convertían el poder en patrimonio personal, Herrera entendía que gobernar era cargar con una responsabilidad que a menudo significaba más peso que gloria. Su discurso inaugural en 1979 lo dejó claro: “Recibo una Venezuela hipotecada” (Herrera Campíns, 1979, p. 4). El héroe no llegaba a un palacio para reinar, sino a un campo de batalla aún más áspero: el de la economía en crisis, la caída de los ingresos petroleros y la presión social de un país acostumbrado al gasto fácil. La conquista del poder fue, paradójicamente, el inicio de su descenso en la curva del viaje.

Su gobierno no se midió en promesas grandilocuentes, sino en decisiones difíciles. Herrera apostó por la continuidad institucional de obras claves, como el Metro de Caracas, cuya inauguración en 1983 se convirtió en símbolo de modernización y movilidad urbana (López Castillo, 2009, p. 256). También impulsó políticas educativas que ampliaron el acceso a la escuela básica, convencido de que la democracia debía enraizarse en la igualdad de oportunidades desde la infancia (Rodríguez Iturbe, 2010, p. 322). En el terreno internacional, defendió con firmeza la soberanía venezolana en el diferendo del Esequibo y respaldó a la Argentina en la Guerra de las Malvinas, coherente con su visión de una política exterior solidaria y anclada en principios.

Pero sus años en Miraflores también estuvieron marcados por la adversidad. La caída de los precios del petróleo y el peso de la deuda externa lo obligaron a adoptar medidas de austeridad impopulares, enfrentándose a un país habituado a la abundancia fiscal de los años anteriores. Lejos de ceder a promesas vacías, Herrera sostuvo que la política debía servir a las generaciones futuras y no hipotecarlas con soluciones fáciles (Herrera Campíns, 1980, p. 11). Esa fidelidad a sus principios le costó desgaste político y fuertes críticas, pero también cimentó la imagen de un estadista que prefirió cargar con la impopularidad antes que abdicar de la responsabilidad.

El golpe más duro llegó el 18 de febrero de 1983, día conocido desde entonces como el “Viernes Negro”. Ese día, Venezuela vivió una devaluación abrupta del bolívar que puso fin a la estabilidad cambiaria que había caracterizado al país por décadas. Para muchos fue el inicio de una crisis económica y moral de la que la nación nunca terminaría de recuperarse.

Herrera asumió la responsabilidad política del acontecimiento, pero en realidad fue la consecuencia de un modelo económico agotado y de la dependencia estructural del petróleo.

Como explica Coronil (1997), el Estado venezolano había construido una suerte de “magia” alrededor de la renta petrolera, distribuyendo recursos como si fueran infinitos y generando la ilusión de progreso sin transformar las estructuras productivas. El “hechizo” se rompió ese febrero de 1983.

No obstante, Herrera entregó el poder en 1984 y volvió a su casa sin aferrarse al cargo ni manipular las instituciones. Ese gesto, que podría parecer simple, lo distingue en un continente donde tantos mandatarios han querido perpetuarse. Su retorno a la vida común fue la última lección del héroe: demostrar que la democracia se honra no solo gobernando, sino sabiendo dejar de gobernar. Allí radica la diferencia entre la gloria efímera del poder y la permanencia de un legado.

La transformación de Herrera no fue únicamente personal, sino pedagógica. En el ejercicio del poder, y sobre todo al soltarlo, dejó una enseñanza concreta: la democracia no es un estado de excepción, sino una práctica de continuidad. Al culminar su mandato, volvió a su casa en Sebucán, la misma que había comprado a crédito años atrás, y desde allí retomó su vida sin boatos ni privilegios. Ese tránsito del Palacio de Miraflores a la cotidianidad despojaba a la presidencia de cualquier aura mística. Herrera probó que el poder era, en efecto, temporal y debía estar al servicio de todos, no de uno solo (Mondolfi Gudat, 2015, p. 229).

Además, su regreso a la vida civil no significó silencio absoluto, sino compromiso renovado. Fundó la revista *Voz y Caminos*, donde ejerció la crítica responsable y defendió la perfectibilidad de la democracia. No se trataba de reeditar un liderazgo caudillista, sino de contribuir a la vida pública como ciudadano. En ello se revela el último aprendizaje de su viaje: el héroe, transformado, entiende que la grandeza no está en prolongar el poder, sino en aceptar que otros continúen la obra, mientras él se dedica a custodiar la memoria y a advertir sobre los riesgos de extraviarse del camino (Aveledo, 2012, p. 144).

Ahora bien, ningún viaje del héroe concluye solo con la conquista o con el retorno; lo esencial es lo que queda para quienes lo sobreviven. En el caso de Luis Herrera Campíns, el desenlace no se mide por decretos ni balances económicos, sino por el legado ético y cultural que dejó. Ese legado, más que cualquier infraestructura o cifra, constituye la herencia viva de un político que entendió el poder como servicio.

El legado de Luis Herrera Campíns comienza por su concepción del poder como servicio. En un tiempo en que la política parecía atrapada entre la demagogia y el pragmatismo, Herrera insistió en que el poder debía estar “ordenado al servicio para no degenerarse” (Aveledo, 2012, p. 201). Esta convicción, lejos de ser retórica, se tradujo en decisiones que priorizaron la educación, la cultura y la participación social como pilares del Estado. Su paso por la presidencia fue, en este sentido, un recordatorio de que la democracia no se reduce a votar, sino a hacer de la política un espacio de dignificación del ciudadano.

Otro aspecto clave de su herencia fue el énfasis en la cultura como instrumento de cohesión nacional. Su gestión estuvo marcada por proyectos que fortalecieron la identidad venezolana, desde la promoción de la literatura y las artes hasta el respaldo a la historia patria. No en vano se le recuerda como el “Presidente Cultural” (Rodríguez Iturbe, 2010, p. 354). Para Herrera, la modernización del país no podía limitarse a la infraestructura; debía incluir también el cultivo del espíritu. Esta visión lo aparta de una tradición política que a menudo midió el progreso solo en términos de cemento y petróleo.

Su legado internacional también resulta significativo. En un contexto regional convulso, defendió la paz en Centroamérica y el derecho de los pueblos a la autodeterminación, sin ceder a presiones ideológicas. La internacionalización de la industria petrolera venezolana, mediante acuerdos pioneros con países europeos, fue otro aporte de largo aliento (Mondolfi Gudat, 2015, p. 242). Con ello demostró que Venezuela podía ser un actor de respeto en el concierto internacional, capaz de proyectar una diplomacia al mismo tiempo firme y prudente.

Finalmente, lo que distingue a Luis Herrera de muchos líderes de su generación es la coherencia entre vida pública y vida privada. La austeridad de su estilo de vida, la ausencia de escándalos de corrupción personal y su regreso sencillo a la vida ciudadana contrastan con el patrón latinoamericano de presidentes que hicieron del poder una propiedad. Herrera, en cambio, devolvió el poder intacto y regresó a su casa sin reclamar privilegios. Esa coherencia, ese no ceder a la tentación de la perpetuidad ni a la arrogancia del poder, es quizá el mayor de sus legados: un recordatorio de que la política, bien entendida, no es trono ni botín, sino servicio y responsabilidad.

Recordar a Luis Herrera Campíns, en el centenario de su nacimiento, no es un mero ejercicio de nostalgia, sino una oportunidad para reflexionar sobre lo que significa la política

en contextos donde la tentación del poder absoluto se impone. Su vida y su obra nos devuelven a una concepción ética del Estado: la de un instrumento al servicio del bienestar y la dignidad humana. A diferencia de quienes conciben la política como patrimonio personal o campo de imposición ideológica, Herrera entendió que gobernar era asumir el poder como carga temporal, con la serenidad de que al final debía ser devuelto. En esa actitud radica su mayor vigencia: recordarnos que la democracia no es un accidente histórico, sino una disciplina de responsabilidad y servicio.

Su viaje político, leído en clave épica, no termina en la cima del poder, sino en la coherencia de haberlo ejercido sin traicionar principios. La trayectoria que comenzó en las calles polvorientas de Acarigua y atravesó cárceles, exilios, hemiciclos y campañas, desembocó en una presidencia marcada por dificultades, pero también por convicciones firmes. Herrera nos deja la enseñanza de que la verdadera gloria de un político no está en los aplausos de la coyuntura, sino en la capacidad de ofrecer un ejemplo que resista el paso del tiempo. Su legado, cultural y ético, permanece como brújula en medio de un presente donde la política corre el riesgo de convertirse en espectáculo vacío o en ejercicio autoritario.

Quizás, al final, lo que distingue a Luis Herrera Campíns no es haber sido presidente de Venezuela, sino haber demostrado que la política podía ejercerse con servicio y coherencia. En un continente tantas veces herido por el personalismo y la perpetuidad en el poder, su vida ofrece un contrarrelato: el del héroe que regresa al hogar, no con riquezas ni coronas, sino con la sencillez de haber cumplido su deber. Esa grandeza no estuvo en alcanzar la presidencia, sino en devolver el poder intacto, recordándonos que la democracia no se honra acumulando cargos, sino ejerciéndolos con dignidad y dejándolos a tiempo. Ese, más que cualquier obra material, es el legado que permanece.

Referencias

- Arendt, H. (1997). *¿Qué es política?* (R. Sala Carbó, Trad.). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1995).
- Aveledo, R. G. (2012). *Luis Herrera: El llanero solidario*. Caracas: Libros Marcados.
- Constant, B. (2000). *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos* (M. L. Sánchez Mejía, Trad. e introd.). Madrid: Centro de Estudios Constitucionales. (Obra original publicada en 1819).
- Coronil, F. (1997). *El Estado mágico: Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Fundación Konrad Adenauer. (2005). *La política y los valores: Antología de Luis Herrera Campíns*. Caracas: Fundación Konrad Adenauer.
- Herrera Campíns, L. (1970). *Vamos todos hacia la democracia participativa*. Caracas: Ediciones de COPEI.
- López Castillo, A. (2009). *El Congreso venezolano: debates y oradores del siglo XX*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Mondolfi Gudat, E. (2015). *La política como servicio: ensayos sobre democracia cristiana en Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa.
- Rodríguez Iturbe, J. (2010). *Historia política de la democracia cristiana en Venezuela*. Caracas: Libros Marcados.